

el hombre del saco, I

Las almas de los niños desprenden una energía vital y radiante. Me deleita observar cómo brillan inquietas en la oscuridad, cómo revolotean en aulas que huelen a plastilina, cómo juegan en los parques de arena, distraídas, tentadoras, irresistibles. No hay nada más delicioso que las almas de los niños.

Soy la silueta negra que acecha detrás de los barrotes del patio del colegio, el rostro con sonrisa de regaliz que seduce a los más pequeños y los atrae al otro lado de la acera, la corriente fría que abre las ventanas de casa y lame sus cuerpos tibios recién salidos de la bañera. Qué dulces. Debo tener más de cien millones, capturados sin pausa a lo largo de los siglos, devorados lentamente desde los albores de la humanidad. Una raza condenada.

Habito en los rincones olvidados de todo el mundo y todas las noches antes de salir de caza, me zambullo en el saco y me baño en la tristeza infinita de las familias que velan por sus hijos desaparecidos, que aguardan la promesa remota de un regreso que nunca se va a producir. Cada bocanada de esperanza que alimente sus deseos de volver a verlos, que prolongue aún más su agonía me dan el aliento necesario para seguir en pie, y el combustible suficiente para arrancar el camión y sumergirme en las luces turbias de la ciudad.